

no y sus jardines, en que reinan eterna primavera y agradables brisas, en que se oye el cántico de las apsaras y la música de los gandarvas, y en que los árboles están siempre verdes con flores y frutas, está flotando en la atmósfera en la ciudad de Indra, llamada Amaravati á la cual se llega por la montaña divina Mandara. Allí habitan los santos poetas y cantores de himnos y otros bienaventurados; allí no se conoce las penas, ni enfermedades, ni la vejez, ni la muerte. En su sala del trono, en medio de todas las delicias está Indra y su fiel esposa Sachi, rodeados de los reyes, héroes, cantores y sabios de todos los tiempos, exactamente como los reyes de la tierra reúnen á sus consejeros y reciben en corte.

Indra acude también á participar de los banquetes en los sacrificios que hacen los reyes y sacerdotes; también seduce y engaña á casadas y doncellas mortales.

Como desde la antigüedad más remota los indios-aryas tenían la creencia de que el hombre virtuoso y puro podía á fuerza de abstinencias y meditaciones llegar á elevarse sobre la humanidad y adquirir fuerza divina, creencia y práctica que después, al fin de la época heroica, fueron desarrolladas, perfeccionadas y reglamentadas hasta la nimiedad por los brahmanes. Esta ambición de los mortales no convenía á los dioses, y mucho menos á Indra, que por lo mismo procuraba desviar á los ascetas más temibles de su vida espiritual. Para esto, cuando la persuasión, las promesas y otros medios no surtían efecto, se servía de las seductoras *apsaras*, que prácticas en todas las artes del amor, se aparecían como por casualidad á los virtuosos ascetas y acababan por hacerles pecar en la mayor parte de los casos.

Esta materialización y esta vulgarización del dios se efectuaron gradualmente. En el primer período de la época heroica era Indra el dios de las batallas, el inventor de las corazas, del arco y de las flechas, el destructor de las plazas fuertes y de los enemigos de sus protegidos. El cielo de Indra era el paraíso de los héroes muertos en el campo de batalla. Ir por el camino de Indra era morir combatiendo con las armas en la mano. Junto á él los bienaventurados bebían la *amrita* conquistada por Indra, y se hacían inmortales. En resumen, Indra era en la época heroica para los arya-indios el dios supremo.

El segundo dios en importancia en aquella época era Agni, el Fuego, que sigue por lo co-

mún al rayo, por cuya razón es compañero inseparable de Indra y ayuda á destruir los castillos fuertes y madrigueras de los enemigos y de los gigantes y vestiglos que habitan las selvas. Una sola vez rió con él Indra; cuando Agni facilitó á Arxuna y á Crishna las armas (el fuego) para destruir la selva de Khandava en provecho de la humanidad. Indra, por el contrario, quería conservar la selva, morada de Taxaka, el rey de las serpientes. Esta fábula se basa probablemente en un suceso verdadero que resultó ser un bien para los habitantes de todo el país, por ser aquella selva madriguera de innumerables serpientes y otros animales peligrosos.

A veces se separan Indra y Agni, y entonces se buscan inquietos hasta que se encuentran y se reúnen otra vez. En una ocasión Agni tuvo que ocultarse, á causa de una maldición que le lanzaron, en el árbol llamado *sami*, cuya madera sirve para producir fuego frotándola rápidamente con otra más dura; alegorías todas que es ocioso explicar, como lo es también la voracidad é insaciabilidad que la tradición atribuye al dios Fuego. Esta voracidad le hará en su día, cuando llegue el fin de los tres mundos, devorar toda la tierra.

Como el fuego purifica, era natural que se atribuyera á Agni esta virtud; pero la tendencia á materializar las divinidades se advierte también en ésta, si bien debe de ser una adición del último período de la época heroica el pasaje del *Mahá-Bhárata*, donde se dice que Agni se manchó en un banquete funerario y que avergonzado y disgustado se ocultó en el mar. El culto de Agni no menguó en la época heroica. Como en la anterior, se le invocaba en todas las situaciones de la vida; se le veneraba en el fuego del hogar, diariamente y en todos los sucesos. Crishna le invoca al empezar la tarea del día y al emprender un viaje, y cuando Yudishtira se retira á la soledad, hace llevar delante de sí el fuego sagrado. En una palabra, Agni continúa siendo en el poema épico el amigo, el guía y el consuelo del mortal y del hogar. Agni, como todas las divinidades indias, es también guerrero, y el *Mahá-Bhárata* le describe en su carro manejando el arco y el disco. También le atribuye amores ilegales, no obstante tener una esposa legítima, llamada Svaha «la Bendición», y le da la cualidad de metamorfosearse. Pero con todo no llega Agni á tener una personalidad tan marcada y materializada como Indra. No tenía mora-

da fija, ni menos palacio ni corte como Indra.

Yama, el primer mortal que enseñó á los demás el camino del otro mundo por la muerte, tiene en el gran poema un carácter mucho más marcado, pero también más terrible que en los himnos védicos, porque es el dios de la muerte y el juez tremendo de las almas en el otro mundo. Su cetro es la agonía, y su visita á las moradas de los mortales, la muerte.

A pesar de los horrores de la muerte, que desean evitar el hombre más valiente como el más mísero de los mortales y hasta el anciano más caduco, que ninguna alegría ni goce puede ya esperar en este mundo, vemos en el *Mahá-Bhárata* á Duryodana sin esperanzas de vida, vencido, sin reino, con el muslo roto y todo el cuerpo magullado, abandonado en solitaria selva y rodeado de hambrientas fieras, bendecir repetidas veces su suerte, reconociendo en lo que le ha pasado la voluntad de un creador inescrutable é inflexible. De la misma manera vemos que se consuelan otros personajes que han perdido sus deudos más queridos. Este creador y director, cuya voluntad es el destino divino é incontrastable, se llama en el poema Dhatar, que significa algo como legislador, el que determina y fija el régimen del mundo y de cada ser.

Vishnu era en el período védico otro dios Sol, es decir, una parte ó aspecto de la divinidad venerada en el sol. Por el movimiento aparente de este astro el hombre dividió el tiempo; y como el sol da vida á todos los organismos, por eso Vishnu representaba ya en la época védica la ley del orden universal y al propio tiempo era distribuidor y conservador de las vidas y bienhechor de todo lo viviente. Era ya en aquella época remota inmortal, es decir, imperecedero, como lo ha sido siempre el sol en la imaginación del pueblo, excepto cuando nació la idea de la destrucción final del mundo. Los antiguos himnos védicos le cantan ya bajo todos estos aspectos; y muchos otros análogos; entre ellos como compañero de Indra, al cual auxilia, según tradición de época posterior, en sus combates con Vritra y los demás espíritus ó genios enemigos. En efecto, Vishnu maneja el disco, su arma favorita, mejor que nadie, y tal vez ya en aquella época remota el pueblo le consideraba superior á Indra, aunque no le rindiera culto como á éste. La imaginación del pueblo ha dado á Vishnu por esposas á Sinivali, el genio del nacimiento, á Sri ó Laxmi, la diosa de la hermosura y de la

fortuna, hermana de Dhatar, y á Larasvati, la diosa de la elocuencia y enseñanza. Entre ésta y Sri existe odio, porque «la riqueza raras veces va unida con la ciencia». Un hijo suyo es Manmatha, el dios del amor. Vishnu va montado sobre una ave fantástica de fuego, que para bien de los dioses y de los hombres devora las serpientes, ó está sentado sobre la serpiente Sessa que sostiene la tierra.

Nada dicen los himnos védicos de un dios Siva, bien que este dios ya existe en ellos con el nombre de Rudra, el dios de la tempestad, cuyos efectos saludables conocían y agradecían los arya-indios. Por eso en el *Mahá-Bhárata* aparece Rudra con el nombre de Siva, que quiere decir «favorable». Siva, como todas las divinidades, tiene gran número de sobrenombres, siendo los más usuales Mahesa y Mahadeva, que significan respectivamente «gran señor» y «dios grande», títulos que se dan en los himnos védicos ya á Rudra, ya á muchas otras divinidades. Al fin del poema de la guerra de los bháratas se menciona á Siva como el dios Destino, y además con el carácter de destructor, cual otro dios Fuego. En efecto, con Agni se confunde á veces Rudra, tanto que en un pasaje del poema se dice de Rudra que los brahmanes sabios le llaman también Agni. Así sucede que la esposa de Agni, Svaha, y su hijo Skanda se confunden también con la esposa é hijo de Siva ó Rudra; y como Siva es llamado por otro nombre «Rey de las Montañas», se llama también á su esposa Parvati (Hija del Himalaya). ó Durga (la Inaccesible), con muchos otros nombres.

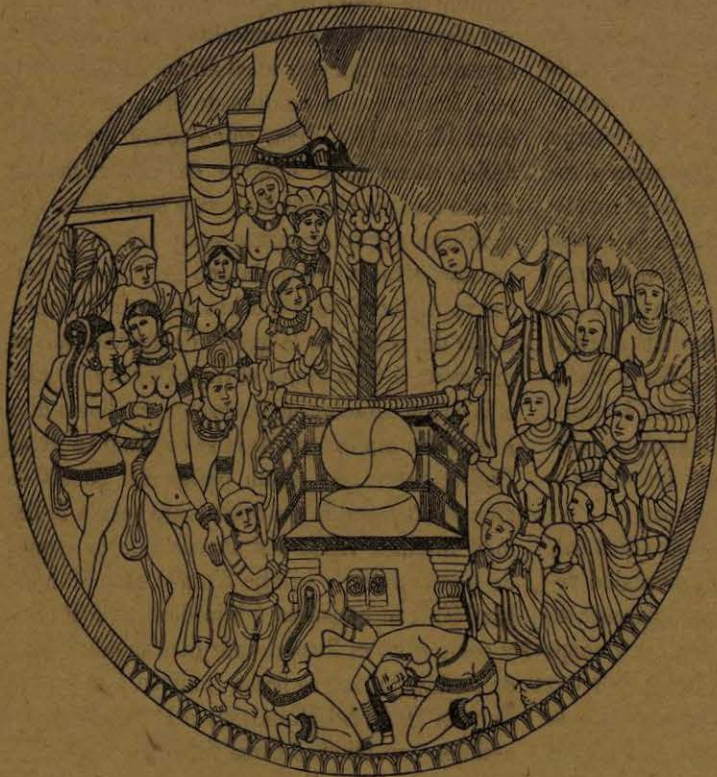
Los templos dedicados á Siva y á su esposa son los más grandiosos de la India. En las esculturas está representado el dios con espada, su arma favorita, y su esposa Durga matando al vestiglo ó gigante asura en forma de búfalo. A pesar de ser Siva y su esposa divinidades terribles y sangrientas como el Destino, siempre están representados jóvenes y hermosos.

En el primer período de la época heroica el culto de los dioses consistía todavía, como en la época védica, en oraciones y sacrificios, generalmente bajo la dirección ó con la asistencia de los sabios poetas y cantores, sin que esto fuese obstáculo á que los jefes del pueblo, los reyes y los padres de familia celebrasen sacrificios y otros actos de culto sin el concurso de aquellas personas privilegiadas. Pero poco á poco se aumentó la influencia de los brahmanes, personas



dedicadas de padre á hijo á las oraciones y al estudio de cuanto se relacionaba con la religión, y se organizó y generalizó la inclinación á la vida solitaria dedicada á contemplar de la divinidad, y á la abstinencia y las oraciones.

En la época védica era, al parecer, costumbre entre los aryas-indios que los hombres principales en llegando á una edad avanzada se retirasen de la vida activa dejando que otros más jóvenes ocupasen su puesto. Esto se explica sin esfuerzo por la religiosidad profundísima, inna-



Presentación de un hijo de un príncipe en la escuela de un brahmán. El príncipe comparece ante el maestro y los escolares, seguido de sus mujeres. (Escultura de Amrabati.)

ta y sin ejemplo de este pueblo; por su carácter meditabundo, su inteligencia rica, su imaginación exuberante, su sobriedad y el clima cálido que hacía buscar la sombra y frescura de los bosques, la proximidad de fuentes de pura y cristalina agua y las orillas floridas de los ríos. Algún anciano guerrero, al retirarse á la selva, lo hacía con sus mujeres y servidumbre y se recreaba en la caza, como lo hizo el viejo Pandu, padre de los cinco hermanos Baharatas, y otros como el anciano y ciego Dritarashtra, después de una vida agitadísima, para disfrutar de reposo y de tranquilidad. Dado el respeto afectuoso que aquel pueblo profesaba á sus sabios, ancianos dedicados á la oración, se comprende

la multitud de colonias de cenobitas, de ermitaños y penitentes sueltos ó de familias enteras retiradas en sitios solitarios, que existían en todas partes en la época heroica. Esta vida retirada tenía además el atractivo de la libertad, porque no era absoluta ni forzosa, ni privaba al solitario de recibir visitas y huéspedes, ni de volver entre los suyos para dar consejos ó para tomar otra vez una parte activa en los sucesos. En virtud de esta costumbre pudieron conservarse por aquellos hombres las tradiciones y cuantos productos intelectuales dió de sí el pueblo arya en aquellos tiempos remotos, y no solamente los conservaron sino que los comentaron, amplificaron y sublimaron, dando origen así á creaciones nuevas y manteniendo vivo y próspero el capital intelectual de todo el pueblo.

Con la vida de los anacoretas van unidas las *apsaras*, ninfas celestes de la mitología india, y los *gandarvas*, músicos de los dioses y de los amantes, y compañeros también del corcel divinizado.

Las *apsaras* eran ninfas ó hadas que recreaban á los dioses con su canto, sus danzas y juegos. Gozaban de juventud y belleza eternas; seducían con sus atractivos corporales á los hombres y procuraban distraer sobre todo

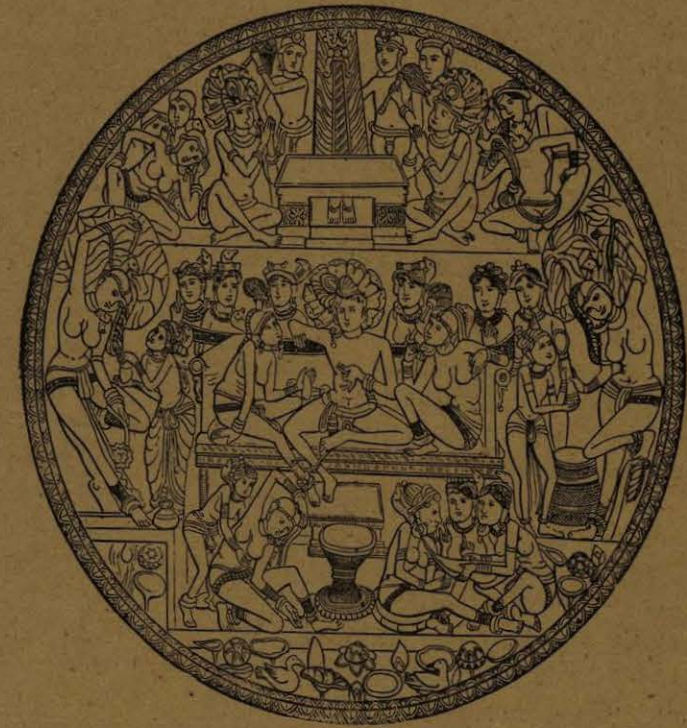
á los virtuosos anacoretas de sus ejercicios y meditaciones piadosas. Habitaban por lo común los sitios que los varones religiosos buscaban para acercarse á la perfección divina. Encontrábanse en las nevadas cumbres del Himalaya junto á las fuentes, orillas y confluencias de las corrientes sagradas que afluyen al Ganges y en las orillas de este río, como en todos los sitios venerados por los aryas-indios creyentes. No faltaban en el palacio de Indra, ni en el de Varuna en el fondo del mar, ni en los de los reyes de las serpientes, ni en los de los asuras ó vestiglos, ni en el del terrible Yama, la divinidad de la muerte y del tribunal en el otro mundo. En sus amores no conocían la fidelidad, ni menos sentían amor

materno: «Libres en el amor somos todas», dijo la *apsara* Úrvasi á Arxuna cuando éste, en su viaje al cielo de Indra, resistió á sus agasajos, diciéndole que respetaba en ella á la progenitora de su familia. En el célebre poema épico, las familias reales y las brahmánicas se jactan como Arxuna de descender de *apsaras*, no obstante la liviandad y el amor libre de estas hadas encantadoras de los mortales. De la unión de Visvamitra y de la *apsara* Menaka nació la raza de los *bháratas*. La diosa Satyavati ó ninfa del río de este nombre, que se dejó seducir ó que sedujo al rey Santanu, era hija de una ninfa ó *apsara* llamada Adrica y madre del famoso santón Vyasa. En tiempos posteriores figuran las *apsaras* más en masa, por lo común en el séquito de los dioses, en sus palacios y cuando asistían en el aire á las batallas de los mortales. Ellas eran los genios invisibles que derramaban flores sobre los héroes. Pero como eran también las tentadoras de los virtuosos brahmanes, éstos las fueron considerando como seres nocturnos, nebulosos, malignos, siniestros y por lo mismo temibles, á quienes convenía ahuyentar probablemente por medio de fórmulas, amuletos y otras armas mágicas. Otra clase de genios hembras eran los *nagas*, nombre que significa serpiente de cascabel.

Los *gandarvas* son los compañeros de las *apsaras*, sus amantes ó maridos y, según un pasaje del poema, hijos de la misma madre. También seducen á las mujeres mortales y son inconstantes y libres en el amor, como las *apsaras*, por cuya razón, en los libros sánscritos «matrimonio de *gandarva*» significa un matrimonio hecho sin las formalidades debidas y de poca duración. Así dice un himno antiguo védico, que el primer hombre y la primera mujer, hermanos gemelos, Yamo y Yami, eran hijos de un *gandarva* y de una *apsara*. Los *gandarvas*, además de recrear á los dioses en sus palacios con su música, suelen encontrarse con las *apsaras* en las noches de luna á orillas de los ríos y arroyos, danzando y jugueteando. Los *gandarvas*, como las *apsaras*, figuran siempre en masa, y como ellas lle-

garon á ser considerados por los brahmanes como seres perniciosos.

Otra clase de genios son los *nagas*, *yaxas* y *raxasas*, venerados por lo temibles. Los *nagas* son serpientes con cabeza humana y enemigos de los dioses y de los mortales; creaciones de la fantasía popular que en el transcurso de los siglos dieron origen al culto de las serpientes, aunque ya en los tiempos védicos más remotos existía la leyenda del combate de Indra con Vritra, espíritu de las nubes, llamado también Ahi (serpiente). A esta leyenda sirve de fondo la idea



Disco de Amaravari representando un banquete de Budha en su palacio de príncipe.

de la lucha entre el mal y el bien, entre la feracidad y la esterilidad, entre la luz y la sombra. La misma leyenda se encuentra en las tradiciones antiguas iránicas y en las de todas las ramas aryas. La capital de Vasuki, rey de los *nagas* ó serpientes, es Bogavati, cuyas riquezas en oro, piedras y otros objetos preciosos, y en bellísimas mujeres, no encuentran los escritos antiguos palabras bastantes para ensalzar. Indra, amigo y protector de los *nagas* por ser el dios de la lluvia, se opuso por esta razón al incendio de la selva de Khandava, pero las serpientes, ó el pueblo naga, se le mostraron ingratas porque fueron siempre enemigas irreconciliables de su favorito Arxuna, y hasta uno de sus reyes, Na-



husha, trató en su soberbia de usurpar el trono del dios, pero fué precipitado del cielo á las profundidades del abismo. Esta es la antiquísima idea de la ambición del genio del mal, que pugna contra el gobierno y dominio de Dios, idea que se encuentra en casi todas las religiones.

Ya hemos dicho que los nagas ó serpientes, tanto los verdaderos como los imaginarios, tenían fama de poseer grandes tesoros, los primeros especialmente en piedras preciosas, que ocultaban en las cavernas de su país escabrosísimo, montuoso y cubierto de selvas. Del mismo modo el pueblo arya atribuía á los nagas imaginarios y sobrenaturales la culpa de tener prisioneras en sus castillos las nubes benéficas en tiempos de grandes sequías. Uno de sus príncipes, Vasuki, guardaba en su palacio, en el fondo del río, un licor que daba al que lo bebía la fuerza de mil serpientes, y una piedra preciosa que colocada sobre el pecho de un guerrero muerto en combate, le devolvía la vida. Bhima probó la eficacia del licor, y Arxuna la de la piedra, cuando su hijo Babruvahana tuvo la desgracia de darle un golpe mortal. Otras joyas maravillosas tenían los demás príncipes nagas, y todos guardaban en sus palacios bellísimas mujeres en gran número. Esta creencia de ser los nagas guardadores de tan grandes tesoros y joyas, fué en la India el origen del culto de las serpientes y de los espíritus imaginarios que aparecen con cuerpo de serpiente y cabeza y busto de persona, imágenes fantásticas que figuran casi á manera de patronos protectores en todos los santuarios budhistas, templos y topes (ó stupas). La serpiente de siete cabezas, por una penitencia impuesta por Brahma, sostiene la tierra, y arrollada sirve también de lecho de descanso á Vishnu, mientras su cabeza erguida vela por este dios. Más adelante tendremos ocasión de volver á hablar de esto.

Los yaxas y raxasas son otros seres imaginarios como muchas creaciones fantásticas de la imaginación de los indios. Los yaxas son vestiglos y duendes; los raxasas gigantes terribles, espantosos y malvados. Otros vestiglos tienen la forma de monos; otros son monstruos con cuerpo mitad de hombre y mitad de animal. Todos ellos figuran en el séquito de Kubera, el genio guardador de tesoros en los elevados valles misteriosos, sagrados é inaccesibles del Himálaya.

Estudiando la organización social y estado de

cultura de los aryas-indios del período épico en su famoso poema, se desprende claramente que la dignidad real era hereditaria. El pueblo no figura para nada, y Duryodana, al verse postergado, dice: «Reinaré sobre el pueblo contra su voluntad si conviene.» No obstante se ve en el poema que todos los pueblos profesan grandísimo afecto á sus reyes y á toda la familia real, y tienen mucha libertad para manifestar sus sentimientos, como sucede en Hastinapur cuando los Pandu desposeídos parten para el destierro, y en otras ocasiones.

Las guerras de conquista contra pueblos indígenas y contra otros pueblos aryas, ya por motivos de enemistad antigua ó reciente, ya por ambición, eran frecuentes, y su consecuencia la expulsión, el exterminio ó la reducción á vasallos tributarios del rey. Los hijos del rey expulsado trataban también de reconquistar el reino de su padre, y hasta viudas de reyes impulsaban al hijo timorato ó vacilante á cumplir su deber de reconquistar la herencia paterna. El que era rey quería someter á otros pueblos y ser rey de reyes, y hasta parece que para ser consagrado rey era menester conquistar antes otros territorios y someter á pueblos y monarcas para hacer aquella ceremonia más ostentosa.

El *Mahá-Bhârata* nos da una descripción de estas solemnidades con ocasión de la consagración de Yudishtira después de la guerra. Empieza con la entrada triunfal del nuevo soberano en su capital engalanada. El pueblo sale á recibir al rey con aclamaciones entusiastas. Después de los solemnes sacrificios á la divinidad se verifica la ceremonia de la consagración y del homenaje en una vasta plaza al aire libre y lujosamente adornada, donde había preparadas piras de leña odorífera, uno ó varios altares y tronos para los dioses. Todos los asistentes á la ceremonia ocuparon sus sitios. El rey Yudishtira se sentó en un trono de oro más elevado que los demás asientos. Delante de él se situaron Crishna y Satyaki. A los pies del trono se derramaron flores blancas, granos y semillas alimenticias, oro, plata y piedras preciosas, que representaban la riqueza y la abundancia. Después de todo así, levántase el purohita ó poeta sacerdote doméstico, y siguiéndole todos los demás, pasaron delante del rey, á quien iban por turno felicitando. Dada luego la señal por Crishna, Daumya, el purohita, encendió el fuego sagrado, y entonces llegó Draupadi, la reina, con su séquito y

ocupó su asiento. Cuando la llama sagrada se levantó alegre y brillante, Crishna dejó su asiento y roció al rey con el agua sagrada que llevaba en un cuerno de oro, ceremonia saludada con alegres toques de timbales, trompetas y cuernos. Los brahmanes entonaron himnos laudatorios y exclamaron «viva el rey!». Dritarashtra, el rey vencido, fué el primero que presentó al rey, solememente unguido, sus homenajes, y en seguida los presentaron los demás por orden de categoría. Acto continuo mandó el rey distribuir ricos regalos á los brahmanes y dió las gracias á todos los presentes por sus homenajes. Desde aquel instante era rey y empezaba á contarse su reinado, cuyos primeros actos consistieron en el nombramiento de los altos funcionarios y en la publicación de un decreto que mandaba á todos sus súbditos respetar y honrar como hasta entonces á Dritarashtra y á su real esposa. Siguiéron las fiestas y obsequios á los forasteros. El pueblo volvió á sus quehaceres, y el rey continuó distribuyendo los cargos de la corte y demás altos puestos de la administración. Parece también que formó parte integrante de la ceremonia de la consagración un servicio fúnebre y solemne en honor de los muertos en la guerra sin distinción de partido, con distribución de los donativos correspondientes, en primer lugar á los brahmanes, que recibían principalmente ganado vacuno y ropas. Tampoco se olvidó el rey de las viudas y demás personas de las familias, que, habiendo perdido en la guerra á su sostén natural, recibieron grandes muestras de la munificencia regia.

Los pueblos arya-indios han sido desde su origen, monárquicos. Manu, el primer hombre (arya), fué también el primer rey instituido por los dioses á petición de la humanidad, «porque el rey—dicen los antiguos escritores—es el representante y protector de la justicia y del derecho; sin rey los hombres se degollarían mutuamente y todos perecerían». Por esto se hacían al rey y á la reina honores divinos, y sus súbditos se dejaban matar por ellos. En los escritos antiguos no hay ejemplo de desobediencia al rey, ni menos de conspiraciones de sus súbditos contra el trono. La desobediencia al rey era un crimen inaudito que merecía la pena de muerte. Todos los súbditos son en el poema, responsables ante el rey de sus actos, mientras el rey es irresponsable de sus propios actos y de los cometidos por sus súbditos. El rey arya-indio

en la época heroica era autócrata. En el transcurso del tiempo, abundante en luchas permanentes con tribus indígenas, y de conquistas y guerras entre aryas, se formó la clase de los *chatriyas*, jefes de tribu y caudillos guerreros, que miraba como su ocupación principal la guerra y se consideraba nacida para este oficio y privilegiada para el mando, y de consiguiente superior á los demás aryas. Cada caudillo se rodeaba de un número de individuos de su pueblo y aun de esclavos ó siervos avezados al servicio de armas, con los cuales realizaba sus expediciones y otras empresas guerreras. Si para estas expediciones no bastaban las fuerzas de jefe, se asociaban varios caudillos ó se agrupaba alrededor de uno de ellos ó de un rey más poderoso. A veces un rey les llamaba en su auxilio para alguna empresa grande ó larga que requería fuerzas numerosas, un armamento más completo que lo que usaba cada grupo habitualmente y un servicio de aprovisionamiento y de transporte más complicado. Así nació y se organizó la casta de los *chatriyas*, que por lo general combatían en carros de guerra, á caballo y según su riqueza, montados en elefantes, mientras la gran masa de guerreros comunes peleaba á pie. De esto resulta que un ejército completo se componía de estas cuatro armas: infantería, caballería, elefantes montados y guerreros en carro.

Como armamento, usaban en primer lugar el arco, la maza, desde la simple cachiporra de madera hasta la clava guarnecida de hierro, y el disco. En segundo lugar se empleaban la espada, el puñal, el venablo y la lanza; y finalmente, las tropas, compuestas probablemente de guerreros de tribus bárbaras indígenas enganchados en apartadas regiones del interior, llevaban simples palos, picas con punta de la misma madera, martillos, hachas, lazos, redes y azagayas. La forma de las flechas ó proyectiles era variadísima, con puntas punzantes y cortantes en forma de cuchillo, de media luna, de sierra, con contraganchos, con ranuras para recibir veneno, y hasta había flechas y dardos cuya punta de bronce tenía en su base forma esférica con agujeros en los cuales se colocaba una sustancia inflamable.

El combate principal era alrededor de los jefes, que se buscaban y atacaban desde sus carros de guerra, tirados por dos ó cuatro caballos enganchados de frente. Varones esforzados y aun hijos de príncipes, procuraban agregarse



al séquito guerrero de reyes más poderosos y éstos los empleaban como aurigas de sus guerreros más notables. Los aurigas no solían ser menos esforzados que aquellos guerreros y hasta eran jefes de secciones ó de huestes enteras, si bien el puesto de auriga era considerado como inferior al del guerrero que como tal iba en el carro, ya que éste mandaba y el otro obedecía. El auriga animaba, avisaba de lo que veía y aconsejaba á su guerrero. Además era heraldo y parlamentario, y en tiempo de paz, amigo, consejero, correo y apologista de su jefe y de su raza ó dinastía.

También había jefes ó príncipes aventureros que ofrecían su brazo y su tropa á cualquier beligerante. Antes de la lucha se estipulaban condiciones humanitarias, como la de respetar á los heridos y desarmados, á los que huyeran, á los parlamentarios y á los aurigas; y la de no herir en combate singular al contrario desde el ombligo abajo, aunque en el calor de la lucha los guerreros se olvidaban de observar estos convenios. Antes de embestir al enemigo el caudillo principal arengaba á su hueste.

Los reyes y guerreros formaban en el pueblo arya-indio, durante la época heroica, la clase más elevada, después de la cual venían los brahmanes, instruidos en la ley y en las tradiciones en los Vedas ó sea en la ciencia. Estos brahmanes, que dirigían los actos religiosos y enseñaban á los demás su ciencia, no solamente manejaban también en la época heroica las armas y tomaban parte activa en las peleas, sino que hasta eran caudillos en jefe y maestros en el uso de las armas, pues que lo eran también las divinidades cuyo culto enseñaban y dirigían.

La riqueza principal, tanto de los reyes y caudillos como de la clase media y de los brahmanes, consistía en ganados, por cuya posesión y conquista se trabaron grandes peleas y se emprendieron expediciones y aun guerras en mayor escala. Algunas tribus, esencialmente pastoriles, en particular los yadú, á la derecha del Jumna, llevaban por esto mismo una vida más ó menos nómada, cuando no cultivaban al propio tiempo la tierra.

La industria de la pesca es mencionada por primera vez en la época que abraza el *Mahá-Bhárata*, y al parecer los que se dedicaban á ella, como los que ejercían por oficio la caza, eran gente también seminómada. Entre los habitantes de las ciudades y castillos recién

fundados no se cita el elemento labrador ni ganadero. Entre los productos agrícolas de entonces, al lado del trigo y la cebada, cultivados ya en la época védica por los aryas en el Penjab, figuran el mijo y el arroz, que constituían el alimento principal del pueblo arya-indio en la cuenca del Ganges. A ellos se agregaba un grano llamado *masha* de color gris con manchas negras y una especie de judías ó habas llamada *mudga*, que también se daban á los caballos. Cultivábanse además el sésamo, de cuyas semillas se sacaba el aceite, la arveja, la lenteja, el pepino y la calabaza, y quizás el melón. Entre las plantas textiles se cultivaban el lino, el cáñamo y el algodón, y se hilaba este último junto con el cáñamo para telas ligeras. También los aryas conocían y cultivaban varias clases de caña dulce y entre los árboles el banano y el cocotero, que les daban material para multitud de aplicaciones.

El arte de tejer era conocido entre los aryas-indios desde tiempo inmemorial, y en la época heroica es de suponer que había llegado esta industria casera á un alto grado de perfección. Lo mismo puede decirse de la hechura de las prendas de vestir y de la elaboración y construcción de todos los aperos, instrumentos, muebles, arreos y demás objetos necesarios al cultivador y á la familia. A excepción de algún objeto de adorno de origen extranjero, que la antiquísima tendencia de los indios á adornarse y engalanarse había ya introducido en las chozas de la población rural, la familia fabricaba todo lo que podía necesitar. En las ciudades, residencia de reyes y príncipes, vivían los industriales y artistas, los que ejercían los diversos oficios y los que, trabajando en ellos, producían objetos más artísticos que los artesanos vulgares. Esta parte de la población que vivía de su arte ó industria manual tenía el nombre de *vaisya* y formaba una tercera clase, después de la de los guerreros y de los brahmanes. En las cortes y palacios funcionaban, además de los citados, otros industriales especialistas é inteligentes en su ramo, como cocineros, confiteros y licoristas, que preparaban bebidas alcohólicas por medio de la fermentación del azúcar.

Algunos oficios habían llegado á ser ya en la época del *Mahá-Bhárata* cargos y dignidades de corte, como el de maestresala, trinchador de las viandas, jefe de todo el servicio de pala-

cio y consejero. El caballero mayor y el auriga del príncipe, también eran consejeros; y el último particularmente correo, embajador, heraldo y parlamentario, según el caso. Había, en fin, funcionarios para todos los servicios graves, como para las diversiones y recreos, especialmente el juego de dados, y además se presentaban músicos, bailarines y atletas ó gimnastas. No faltaban por otro lado inspectores y administradores de las ganaderías, de los depósitos y tesoros, recaudadores de tributos y contribuciones, jefes ó administradores de las poblaciones rurales y herbolarios, que eran entonces los médicos ó curanderos, estando uno ó varios á sueldo del príncipe. A veces estos curanderos eran pastores y otras veces brahmanes, hasta que posteriormente, cuando se reglamentaron las diferentes castas, muchos de estos oficios se vincularon en determinados pueblos ó tribus que quizás desde antiguo gozaban particular fama por trabajos especiales. La ciencia de curar y otras ocupaciones, según veremos más adelante, fueron prohibidas á los brahmanes, en absoluto unas y condicionalmente otras. Donde hay industria, producción y lujo, son indispensables comerciantes que compren por especulación y lleven los productos sobrantes de una comarca donde abundan á otra donde escasean. Ya existían en los tiempos védicos, según vimos al hablar de esta época remotísima, comerciantes procedentes de lejanos países que entraban en el Penjab por la parte del Norte. El pueblo magadha era el más mercantil y monopolizó casi todo el comercio, tanto que el nombre de magadha acabó por ser sinónimo de mercader. A medida que los aryas-indios se extendieron por la cuenca del Ganges, creció el comercio interior, que en aquella época se hacía por caravanas, porque el comerciante arriesgaba no solamente su hacienda, sino también la vida, expuesto como estaba á los ataques de tribus salvajes. A pesar de esto, los comerciantes estaban mal mirados por su codicia é insensibilidad, pues para dedicarse á tan peligroso oficio no era posible ser filántropo. El comercio consistía en el cambio de mercancías y los artículos principales eran ganados, bueyes, carneros, cabras, caballos y elefantes, oro y piedras preciosas en bruto y labradas. Los ríos que bajan del Himalaya daban oro. Se labraban también el cobre y el estaño, que como los diamantes y otras piedras finas

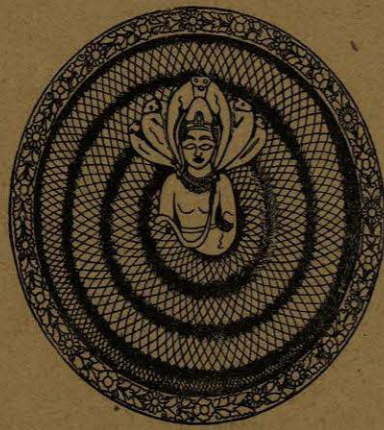
se encontraban en abundancia en la India. La sal constituía un artículo de cambio importante, y entre los productos agrícolas, la caña dulce, el cáñamo, el algodón, frutas tropicales, especias, substancias colorantes y aromas. Las substancias alimenticias generales difícilmente eran objeto de gran comercio interior, porque habrían resultado demasiado caras, si bien es de suponer, por otra parte, que el país produjera en cada comarca lo necesario para el sustento de sus habitantes.

Desde que los aryas-indios avanzaron hasta el mar establecióse entre ellos y otras naciones el comercio marítimo, pues en el *Mahá-Bhárata* son frecuentes los pasajes que comparan ciertas situaciones con la del mercader navegando en su frágil y desmantelado buque por un mar proceloso. Los aryas en los grandes ríos y lagos habían aprendido la navegación y en sus selvas abundaba la *çala* ó *sala* (árbol de incienso), de madera fuerte, oleosa é incorruptible, que les servía tanto para la construcción de casas como para naves. Los demás productos de su país eran tan abundantes como codiciados por todas las naciones más civilizadas entonces, productos que ningún otro país les podía proporcionar. En efecto, sólo la India daba en abundancia el oro, los diamantes y otras piedras preciosas; el arroz, el azúcar de caña, el algodón, las especias y perfumes, la canela y el acibar, el marfil y animales como elefantes, monos, pavos reales y otros varios artículos de consumo. Así lo prueban los nombres de muchos de estos productos en las lenguas muertas y vivas del Occidente, y los de muchos puertos de la antigüedad al Occidente de la India, nombres que se derivan del sánscrito y que demuestran que las tales ciudades marítimas fueron fundadas por los aryas-indios mucho antes que los fenicios se atreviesen á buscar los codiciados productos en los mismos puertos ó en el interior de la India.

Si consideramos el estado moral del pueblo arya-indio en la época heroica, nos encontramos en primer lugar con las condiciones de la familia, pues ésta y el matrimonio constituyen la base y señalan el grado del orden moral de las sociedades y pueblos. Respecto de la vida matrimonial y de la posición de la mujer, de la madre y de la esposa, basta citar el siguiente pasaje del *Mahá-Bhárata*, que dice ser un adagio antiguo, para saber cuáles eran: «La mejor



mitad y la mejor amiga del hombre es la esposa hacendosa, la virtuosa madre de sus hijos, que dedica toda su vida, todos sus pensamientos y todo su amor á su marido, á quien en la soledad recrea con su dulcísima conversación, á quien anima como un buen padre á cumplir su deber y acometer sus empresas con energía, y cuyas penas calma en las situaciones difíciles como amorosa madre. En verdad, la esposa es el manantial de la dicha.» A pesar de esto, ya por efecto de las guerras continuas, ó por el contacto con antiguos pueblos indígenas, no fué siempre tan santa la vida matrimonial de los aryas-indios, porque muchos detalles del poema demuestran que cuando menos entre la clase privilegiada de los guerreros nobles rei-



Sesha-Naga, diosa serpiente de Badami.

naba gran libertad de costumbres. El viejo Pandu, que se retiró á la región selvática del Himalaya, tenía dos esposas con derechos y consideraciones perfectamente iguales, y los cinco hijos de este Pandu tuvieron una esposa común, para cumplir con el deseo expreso de su madre Prathi, de la tribu de los kuntis, sin perjuicio de tener además cada uno de los hermanos otras esposas tan legítimas y de tan buena prosapia como la esposa común, y sin que ésta ni su buena suegra las mirasen con aversión. Se desprende del poema que esta latitud en materia de matrimonio era perfectamente lícita y que no había autoridad que impusiera la monogamia, fuera de la costumbre corriente, pero no forzosa.

La poliandria no significaba ni significa hoy en los países de la India depravación ni inmoralidad, porque Draupadi, la esposa de cinco hermanos, es ensalzada en el poema hasta en tér-

minos conmovedores, como modelo de buenas esposas, mujer de trato amable, afectuoso y sencillo, de conducta, lenguaje y apostura irrepreensibles, sin soberbia ni mal genio, satisfaciendo y cumpliendo cual si hubiesen sido órdenes los menores avisos y deseos de su suegra y de sus maridos. Sólo para éstos vive; sólo para ellos se engalana y sin sus maridos no hay para ella ni diversiones ni satisfacciones. Conoce todas sus costumbres, intenciones y ocupaciones, y para adaptarse á ellas no omite ni rehuye ningún trabajo. En la casa reina el mayor orden y aseo, y cuando vuelven de fuera los hermanos encuentran la comida cuidadosamente preparada y la recepción más afectuosa y sinceramente alegre. Respeta, ama y obedece como una hija á su suegra; no pierde el tiempo ociosamente á la puerta de su morada, ni bromeando y riendo con otras personas, y es siempre la primera que por la mañana se levanta y la última que por la noche se acuesta. A una de las mujeres de Crishna, amiga suya, que la preguntó qué filtros ó artes mágicas empleaba para conquistar y conservar el amor de sus esposos, contó Draupadi todo esto, añadiendo que otros hechizos eran indignos de una esposa honesta y que la que empleaba otros medios era una víbora que el marido criaba y calentaba en su seno para su propia desgracia. Sin embargo, puede afirmarse, sin temor de errar, que en las cortes cuyos príncipes tenían un numeroso harem no faltaban celos, intrigas, filtros, remedios mágicos, hechizos, raptos y seducciones. Por otra parte, es preciso advertir que los pueblos del Punjab, al Este del Saravasti, no siguieron el movimiento brahmánico posterior, conservando más ó menos fielmente los antiguos usos y costumbres aryas, ó sea la poliandria, y que los brahmanes por odio á estos pueblos, que no se sometieron á su yugo, les imputaban una inferioridad moral.

En el poema vemos también que la horrible costumbre de quemarse las viudas existía ya entre los aryas-indios en la época heroica. Pero no era forzoso este sacrificio, sino solamente considerado como una obra meritoria y santa. Por el contrario, en la época védica, como hemos visto, se instaba á la viuda á que dejara su tristeza y volviera á participar de la vida y de sus alegrías, si bien estas mismas instancias hacen suponer que las viudas tendían á seguir á sus esposos al otro mundo. Cuando esta cos-

tumbre había ya llegado á ser común en la época heroica, el sacrificio se limitaba todavía á la esposa ó á las esposas más queridas del difunto, «para recrearle, servirle y gozar de su compañía en el otro mundo». De esto se desprende que existía no solamente la creencia en una vida de ultratumba, sino que esta vida era también personal y corporal. Esta creencia sirvió en aquellos tiempos á la moral de la sociedad arya-india, por lo menos á la clase guerrera y noble. La educación de esta clase consistía principalmente en la ciencia de las tradiciones religiosas y heroicas del propio pueblo y en la práctica de las diferentes armas y de la fuerza corporal, enseñadas ambas por los brahmanes.

En lo que se refiere á la moral, el *Mahá-Bhárata* nos ofrece una abundancia de expresiones y sentencias, aportadas al poema por los brahmanes en el último período de su redacción definitiva, pero que existían ya con más ó menos vaguedad en la conciencia del pueblo arya-indio en época remota, máximas que colocan á este pueblo á una gran altura en la historia de la civilización. Además de los pactos humanitarios convenidos entre ambos ejércitos antes de llegar á las manos, citaremos las sentencias siguientes, entre las muchas que se encuentran en el poema: «Los dioses extrañan la razón de aquellos á quienes quieren perder.» «Los dioses no guían á sus protegidos con la vara, como guían los pastores al ganado menor, sino que les dotan de razón.» «En todas partes puede aprenderse, hasta en la charla de los necios y de los niños, pues en los peñascos también se encuentra oro.» «El hambre es un condimento que el rico difícilmente encuentra.» «Dominar la lengua es la obra más difícil.» «Se mata al tigre sin necesidad del bosque, y se abate la selva sin que el tigre influya en ella.» «El varón sencillo y modesto, pero recto, vale más que cien señores de elevada alcurnia.» «Con hierbas medicinales se curan los males del cuerpo, pero los del espíritu sólo se curan con la inteligencia.» «No debe ser despreciado el enemigo débil, porque una chispa basta para incendiar una selva.»

En la época védica antigua los aryas-indios enterraban á sus muertos y, como todos los pueblos sedentarios, tenían cierto afecto al suelo en que descansaban los huesos de sus antepasados y deudos. Si abandonaban este sue-

lo para ocupar otro más rico, ó si alguno iba á retirarse del mundo para dedicarse en la soledad de la selva junto á un río sagrado á la vida contemplativa, no lo hacían sin despedirse de sus muertos, celebrando un sacrificio funerario en desagravio de la ofensa de abandonarlos. Todos los sepelios que se mencionan en el *Mahá-Bhárata* van precedidos de la cremación de los cadáveres, verificada según ritos bien determinados, pero que por lo dispendiosos sólo era posible tratándose de cadáveres de personas principales. La cremación, por otra parte, nunca debía de ser completa, porque los restos del difunto eran sepultados después. En todo el poema resalta una cosa que justamente excita nuestra admiración: la indiferencia absoluta con que aquellos aryas y muy particularmente los sabios y los guerreros, sin exceptuar los reyes, miraban la muerte. Sabían que la muerte en la lid les conducía á la gloria de Indra, á las moradas donde encontraban á sus antepasados, con los cuales iban á participar de la bienaventuranza eterna. Los héroes de este mundo ocupaban en la otra vida diferentes departamentos, según la categoría que habían tenido en este mundo. Los héroes más encumbrados era admitidos á gozar de la compañía de Indra; otros pasaban á la de Brahma ó á la de semidioses como los gandarvas, y otros á la de los difuntos kurus del Norte.

#### CAPITULO IV

##### Epoca brahmánica antigua.

Los brahmanes y el culto de Brahma; las castas.—El régimen brahmánico.—La ciencia y enseñanzas brahmánicas.—La propagación del brahmanismo en la India.

La guerra entre los chatriyas ó nobles guerreros cantada en el *Mahá-Bhárata* había cesado y profunda paz reinaba en todo el país, que en la lucha fratricida había perdido sus mejores reyes y guerreros. Entonces se apoderó de la dirección del pueblo arya-indio la clase sacerdotal, que detuvo el desarrollo de este pueblo, encerrándolo en los límites de un angosto y férreo molde. Constituyeron este nuevo po-